

Sergio Pitol. *La casa de la tribu*. México: FCE, 1989.

En forma paralela a su notable quehacer en la ficción, Sergio Pitol ha cultivado el ensayo sobre diversas manifestaciones culturales, en especial, por supuesto, la literatura.

A lo largo de varias décadas, en continua retroalimentación con sus tareas como traductor, Pitol ha escrito prólogos y análisis sobre varios textos de la literatura universal. Muchos de estos trabajos se encuentran dispersos; algunos fueron reunidos en el volumen *Siete escritores ingleses: de Jane Austen a Virginia Woolf* (1982). A través de una revisión de las vidas y obras de Emily Brontë, Robert Louis Stevenson, Charles Dickens, Joseph Conrad, Henry James y, desde luego, las dos autoras que abren y clausuran la serie y figuran en el título, aquí Pitol rastrea características fundamentales de la literatura inglesa de los siglos XIX y XX.

En 1989, el escritor agrupa de nuevo diversos textos en *La casa de la tribu*. El libro está dividido en tres partes. La primera contiene cuatro estudios: uno sobre la gran novela rusa del siglo XIX; los restantes, sobre Nicolás Gogol, Antón Chejov y Boris Pilniak. El segundo corte está constituido por cinco ensayos sobre: Henry James —quien había sido incluido asimismo en la colección anterior—, Ivy Compton-Burnett, Ronald Firbank, Flann O'Brien y Patricia Highsmith. La porción final estudia a Arthur Schnitzler, Antonio Tabucchi y Andrzej Kusniewicz.

Vale la pena detenerse en el breve ensayo que inicia el volumen y que le da título, pues concentra los mejores atributos de Sergio Pitol como crítico literario. A partir de una visita a la morada de León Tolstói en Moscú, el autor, con sensibilidad semiótica intuitiva y cultivada, indaga el significado de las habitaciones, algún mueble, algún objeto. Luego esboza la relación de espacios y mobiliario con los residentes y deduce: "no había medio humano de guardar o mantener alguna intimidad en aquel recinto; en sus tiempos debió de haber parecido una colmena" (9). El vínculo entre residencia y habitantes, la peculiaridad que este lazo imprime al individuo y a la vida cotidiana, conducen al atisbo del entramado histórico-social en el cual se produjo la gran narrativa rusa clásica. Así, afirma el escritor:

Todo en la literatura, y se podría decir que en el mundo ruso en general, tiende a la congregación, a la participación comunitaria. Vivir fuera de ella, como lo hacen Eugenio Oneguín, Pechorín, Rudín, Raskólnikov o, a partir de un determinado momento, Ana Karenina, significa vivir en el error, aproximarse al abismo (11).

Para el periodo que va de Puschkin a Chejov, de 1825 a 1904 (11-14), el narrador-crítico describe a grandes rasgos algunos elementos históricos cruciales: el nexo entre individuo y comunidad; la tensión entre intelectuales y gobierno; la dicotomía, nunca simple ni absoluta, entre eslavófilos y occidentalistas, factores que incidieron en la conformación de la novela rusa como algo más que mera obra de ficción, como algo que, por necesidad: “fue a la vez ensayo político, indagación moral, interpretación de la historia, tratado filosófico” (17).

En *La casa de la tribu* el autor recuerda una cita de Jane Austen que también había intercalado en *Siete escritores ingleses*: “el arte literario consiste en tomar un trozo de marfil de unas cuantas pulgadas, dos o tres a lo sumo, y empezar a pulirlo” (89). Las dos compilaciones sugieren que para Pitol la crítica literaria es un ejercicio semejante... al menos como punto de partida.

En los ensayos de *La casa*, el trozo de marfil es variado: puede ser cualquier fragmento, parcela, característica o proceso de la biografía de un escritor o de su circunstancia que contribuya a esclarecer la materia textual —de hecho, autor, texto y circunstancia interactúan dentro de la totalidad de la que forman parte.

Algunos ejemplos. En la primera sección, en todos los estudios se percibe la huella de la casa de Tolstoi; pero al tratarse de Gogol se empieza por ampliar el contexto, “las tensiones sociales y morales de su tiempo” (25). Para entender a Chejov el principio es la descripción de su residencia en Yalta. Unos cuantos datos clave acerca de Pilniak inician el ensayo sobre este escritor en cuya persona parecen encarnarse las contradicciones de la revolución soviética.

La aproximación a Ivy Compton-Burnett arranca del comentario de una de sus fotografías:

Esa anciana espiritual, vestida de luto severo, peinada a la moda de un siglo atrás, de mirada desafiante, lejana y desconfiada, la boca de labios apretados, una mera línea horizontal bordeada de innumerables estrías que la cierran aún más; una apariencia que apenas varió en los últimos cuarenta años de su vida. Esos ojos que se fijan con desdén sobre el paño oscuro de un vestido obsoleto y el aspecto de ventosa que reviste la boca nos hacen prever una literatura cerrada, anacrónica, parca de efectos; anal, es más lo que retiene que lo que concede (88).

Y la introducción a Flann O'Brien es una noticia acerca de la repercusión de su obra en otro continente: un ensayo sobre *Dos pájaros a nado*, de Jorge Luis Borges.

La compilación de Pitol, pese a su aparente carácter misceláneo, está unificada por criterios muy claros. Los dos primeros bloques de estudios se agrupan en torno a la lengua: la rusa en el primero; la inglesa en el segundo, con la excepción de O'Brien, que escribe en irlandés. La tercera subdivisión conjunta a tres escritores que, si bien no escriben en la misma lengua, comparten una experiencia multicultural. Dos de ellos, Schnitzler y Kusniewicz, proceden de regiones multilingües, de las cuales afirma Pitol que:

esos enclaves en que conviven diversos grupos nacionales tienden a enriquecer la literatura con creadores que, al asimilar las diferentes culturas ambientales y nutrirse en las espesas tensiones que una forzada vecindad cobija, logran, sin quizás habérselo propuesto, configurar una voz estrictamente individual (155).

El otro escritor analizado, Tabucchi, italiano habitante de Lisboa, viajero por el mundo, es también, "por vocación íntima [...] una unidad que asimila lenguas y ecos de lenguas diferentes" (155). Inevitable, la asociación con el propio Pitol narrador, su amplísima cultura y su vocación de ciudadano universal.

En todos los ensayos, sea cual fuere la entrada al tema, hay características constantes: la atención al entorno de cada escritor, que lo mismo puede ser una casa, la arquitectura de una época, o un país determinado. O bien la experiencia del desarraigo. La geografía y la historia están siempre presentes de manera indirecta.

Otra constante es la voluntad del crítico de ofrecer rasgos fundamentales de la obra de cada escritor y sus aportaciones. Ciertos tópicos son cuestionados. Por citar un caso, Pitol hace notar que Schnitzler usó el monólogo interior mucho antes que Joyce; así como también que se adelantó a Pirandello en el empleo del teatro dentro del teatro.

El placer con el que se lee este libro —el cálido acercamiento a escritores y novelas, la recreación de atmósferas— no es el menor de sus méritos; es algo que lo enlaza con textos inolvidables, como la *Suite inglesa* de otro novelista crítico, Julien Green. Sin duda *La casa de la tribu* es una invitación al diálogo entre las literaturas.

EDITH NEGRÍN

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

GREEN, JULIEN. *Suite inglesa*. Trad. Jesús Aguirre. Madrid: Taurus, 1971.

PITOL, SERGIO. *Siete escritores ingleses: de Jane Austen a Virginia Woolf*. SepSetentasDiana 186. México: SEP / Diana, 1982.

Antonio Alatorre. *Ensayos sobre crítica literaria*. Lecturas Mexicanas, 3ª Serie 80. México: CNCA, 1993.

La aparición del presente volumen constituye en verdad un suceso editorial, por dos razones: primero, por la renuencia anterior de Alatorre a reunir en volumen sus trabajos críticos publicados en revistas; la segunda, porque ésta, su primera recopilación de ensayos, permite apreciar en conjunto una serie de reflexiones en torno a la crítica literaria, que son el resultado de más de cuarenta años de experiencia en la docencia y la investigación. Pero además, porque es un continuo homenaje a aquellos hombres que fueron decisivos en su formación como filólogo, tanto de aquellos que trató personalmente (Juan José Arreola, Alfonso Reyes y Raimundo Lida), como de los que sobre él ejercieron su magisterio a través de la lectura, como Amado Alonso, Dámaso Alonso, Leo Spitzer y Menéndez Pidal, entre otros.

En este volumen se reúnen doce trabajos, todos ellos revisados y puestos al día, escritos en su mayoría para ser leídos como conferencias o ponencias y, por ello, trabajos hechos por encargo y destinados a la divulgación. En la Introducción, que en gran medida es de carácter anecdótico, Alatorre previene al lector sobre el tipo de artículos que encontrará:

A mí, más que discurrir sobre el fenómeno y los problemas de la crítica, lo que me gusta es meterme en el fenómeno y “los problemas” de la literatura (12) [...]. Sé muy bien que no hay grandes novedades en estos ensayos. No me pico de original. No descubro caminos críticos desusados. Ni sigo ni propongo un método. Mi lenguaje no tiene nada de técnico. Mi vocabulario es el de entre semana. Mi filosofía, el sentido común (13-14).

La organización de los trabajos reunidos en este volumen permite distinguir tres núcleos temáticos: el primero comprende propiamente las reflexiones en torno a la labor crítica; el segundo está dedicado a la influencia del crítico santanderino Marcelino Menéndez Pelayo y el tercero analiza el sentido de la expresión *nacionalismo literario*.

“En torno a creación y tradición” (26-39), aunque ocupa el segundo lugar en el volumen, resulta un texto clave para comprender qué signifi-